

LA HOMILÍA

Las tribulaciones del Mesías de Dios

La lectura del evangelio de hoy se sitúa precisamente en la continuación del domingo anterior. En ella se nos permite asomarnos un poco a lo que ocurre en la vida del profeta, del hombre de Dios, del enviado de Dios, del Mesías de Dios; en este caso, del Señor Jesús. Para ello, la primera lectura, del profeta Jeremías, también nos echa una mano.

1. Un primer rasgo del hombre de Dios, de Jesucristo y de todo profeta, de nosotros si somos verdaderamente cristianos, es la pasión por el anuncio de la Palabra, del mensaje de Dios. Jeremías se resiste, porque sabe que esto le acarrea problemas y sinsabores. Jesucristo hace de la misión de anunciar la irrupción del Reino de Dios el centro de su existencia. Un profeta es hombre de Dios, de la Palabra de Dios, no la suya. De una palabra que consuela y anima. Pero también a veces sacude y resulta incómoda. Si nos fijamos en grandes creyentes, como el papa Francisco, pasa lo mismo. Unas veces nos encanta lo que dice, porque consuela y acerca a Dios, como cuando habla del perdón y de la misericordia. Pero otras veces nos sacude, cuando fustiga nuestra tibieza en la fe, nuestra incoherencia, nuestra hipocresía, nuestra indiferencia ante los que sufren, nuestra distancia del evangelio y su alegría.

**Un profeta es hombre
de la Palabra de Dios, no la suya.
A veces sacude y resulta incómoda.
Si nos fijamos en grandes creyentes,
como el papa Francisco, pasa lo mismo.**

2. Por eso, el segundo rasgo del hombre de Dios es que la predicación de la Palabra le lleva a contradicciones y al rechazo. La predicación, dirá Pablo, no es una ganancia, no es una ventaja. Por eso, hay que sospechar de los telepredicadores y de todos aquellos que montan un gran negocio alrededor de un mensaje de salvación

**Ningún profeta verdadero
se libra del apuro, de la soledad,
del rechazo, de la incomprensión,
de algún momento oscuro
del silencio de Dios.**

Porque el profeta incomoda y descoloca. Dice la verdad que punza y no gusta oír. Y preferimos la comodidad, la rutina. El mensaje de Dios atrae y choca con la dureza de nuestro corazón, con nuestra pereza. Y como defensa la emprendemos con el profeta, con el hombre de Dios.

**El mensaje de Dios atrae
y choca con la dureza
de nuestro corazón,
con nuestra pereza.
Y como defensa la emprendemos
con el profeta, con el hombre de Dios.**

3. Por eso, el evangelio de hoy termina en una pregunta doble para nosotros:

¿Soy una persona amiga de Dios, que anuncia la Palabra de Dios, que la vive y que pone su existencia a su servicio? ¿Qué hago yo de anuncio del evangelio?

¿Soy receptivo a la Palabra o le pongo excusas?

Confiémonos a Jesús, que soberanamente, se aleja y continúa con fidelidad inquebrantable su misión, a pesar de todos los conflictos y todas las dificultades.

Gabino Uribarri Bilbao, S.J.



ORACIÓN UNIVERSAL

Tu Palabra, Señor, es palabra de fidelidad. Por eso confiamos en ti:

- Por todos los que tienen encomendado el anuncio de la Palabra de Dios, para que sean fieles y no se arredren ante las dificultades. Roguemos al Señor.
- Por el papa, los obispos, los sacerdotes, los teólogos, los profesores de religión, los catequistas, para que sean testigos creíbles de la Palabra que predicán. Roguemos al Señor.
- Por todos nosotros, para que no pongamos excusas a la hora de poner en práctica las exigencias de la Palabra de Dios. Roguemos al Señor.
- Por todos los que rechazan la Palabra de Dios, para que el Espíritu toque su corazón y se abran a su buena noticia. Roguemos al Señor.
- Por la Iglesia, para que no renuncie a la profecía, la denuncia y la proclamación de la verdad de la salvación, incluso cuando moleste a los poderosos o le genere persecución. Roguemos al Señor.

Que nuestra oración, Padre nuestro, sea reflejo de tu fidelidad.

Te lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor.